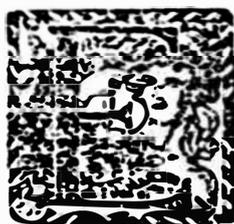


Luis Meléndez

Viaje sin destino

«—Ha surgido en el mundo un sufrimiento de tal naturaleza, que permanece frente a nosotros, no tan sólo con su carácter dramático, sino con toda su profundidad metafísica, y es porque el hombre está hoy día obligado a responder, no solamente lo que ha querido hacer ni lo que querrá hacer, sino lo que cree que es».

(De André Malraux. «La Nación», abril, 27 de 1947. El «gran viraje de André Malraux»).



L transatlántico, en trance por el Pacífico, hace escala en el puerto de La Libertad, mediada una tarde rezumadora y ardiente. Pocas veces pudo decirse con igual propiedad, la esmeralda líquida del mar; pero una esmeralda fundida bajo el inmenso domo de fuego del cielo tropical tan grato al poeta Darío. De uno de estos mismos puertos, «en una tarde tibia y dorada, partió el bergantín».

Verdes, azules, oros, dorados rojos, rosas mórbidos, en todas las gamas de la fauna y de la flora marinas, de las flores y de la carne, hasta encenderse en llamas vivas, rodean el barco y, por fin, lo asaltan, lustrosos, brillantes de humedad. Humedad que entra embellecida a través de los ojos para sumarse a la que refluyen en viscosas pequeñas vertientes por cada poro.

Entre la sinfonia de abordo y del mar, rasar de dulces olas tal vez tibias, graznidos de gaviotas, voces de mando en las faenas para fondear, estridencias de cadenas y de cables de acero, entre las voces exóticas y el tumulto, la soledad adquiere sus más exquisitas diafanidades. Soledad de los viajes sin arraigo, más allá del ir y del volver.

Creo ser ahora el hombre de renacimiento humano. Mis ojos vuelven a servirme funcionalmente para ver, externa y concretamente la materia, fascinando mis pensamientos sólo con las sensaciones objetivas, sin resonancia alguna hacia el sentimiento, al que quisiera postergar para siempre, desarraigándolo del pretérito.

Unas ráfagas de hornalla inflan las velas, pobres y raídas velas, de unas piraguas que vienen singlando, manejadas por hombres que bien pudieran ser nativos de un caserío africano. Vienen cargadas como para una feria oriental, para figurar entre las bambalinas de un ballet: los hombres de curtido cuero lustroso y dorado, surgen de entre su carga de maravillosos peces desnudos, en rosa, opalescentes; otros, como si ya estuviesen maduros, entre su cargamento de piñas, de esas frutas

heráldicas, tocadas con una cimera de verde bronce lanceolado, o como pequeñas corazas de placas formando armaduras coreanas y del viejo Japón de los samurais. Suben, ofreciendo objetos y seres inesperados, encantadores o espantosos: unas esbeltas gacelas, cuya presencia parece inverosímil aunque estén aquí, vivas, mirando inquietas con sus ojos orientales, y al lado, pieles de iguanas tal si estuviesen cristalizadas en sulfatos de cobre cuajados en verdes y azules agujas, en costras y grumos minerales. Sombreros Montecristi tejidos a la luz de la luna. Frutas, como fabricadas por error en una perfumería.

Otros ofrecen tortugas vivas, peines y objetos de carey, y cueros de serpientes, que acercan en ristas a elegir; al rozarse crepitan como cáscaras secas de frutas horribles de unas tierras en donde hay monstruosas flores carnívoras y en sus ríos, pececillos mínimos que se inoculan por una gota de sangre, devorando y corroyendo, como el ácido nítrico, para dejar nada más que los huesos.

Estamos en plena zona ecuatorial.

Algunos peces emergen del mar como una flecha alada, atraviesan el aire y vuelven a sumergirse a una docena de metros más allá, perseguidos o persiguiendo o quién sabe si como cantando con esa ascensión, ya que los peces no pueden cantar; así, acaso volarían más, pero temerán cocerse en el aire caliente y se limitan a las alternativas de una pasteurización confortable. Tam-

bién los viajeros: van al bar, ingieren café hirviente y más tarde licores helados, una y otra vez, y cazan o son cazados, ellos y ellas, por todas partes. en la mañana y en la tarde, para no hablar sino de la parte con luz de los días.

En las noches, las mujeres, con suntuosos trajes de-
latores, maceradas en su propia salsa, danzan con hom-
bres que se les adhieren brillosos y tostados como co-
chinillos en aceite, tiernos, muy tiernos; juegan también
en un torneo de elegancias, no por ser tal cual vez ilu-
sorias, menos ilusionantes.

Al otro día.

El vapor navega en plena alta mar. Mi soledad de
ayer que parecía sin límites, perdida ahora en medio
del horizonte sin fin, sobre el océano sin fondo, bajo
un cielo por donde navegan las constelaciones, se con-
centra en sí misma cristalizándose en una realidad mi-
lagrosa: en la conciencia de una vida humana, en mi
propia vida, indefinible aunque antes me haya pareci-
do supercargada de experiencias, ávida otra vez y ace-
chante en la más apasionada de las cacerías: la de mi
propio espíritu. Me dispongo una vez más, a saber
quién soy.

Vamos a la misa—invita una niña a otra—van a
celebrar en el salón amarillo.

Recuerdo que hoy es Domingo. En otro salón, o
antes en ese habrán celebrado un Oficio Protestante.
Los fieles van, seguros, a unirse en su fe común aun-
que sea por unos instantes; todos sabrán muy bien quie-

nes son ¡Cuánto se han contemplado y admirado frente al espejo de sus convicciones!

Yo quisiera, infinitamente pequeño en esta inmensidad, interrogar a los filósofos, a mis filósofos, a quienes vagamente recuerdo, más vagamente cada día, confundíéndolos.

Por fin recorro a mis novelistas; voy a mi cabina y elijo uno de los pocos libros que viajan conmigo. Al azar, desde unas páginas, he tomado un desvío hacia donde, tal vez, esté mi propio mundo; podría también haberlo tomado desde la realidad de hechos instintivos, desde mi materia funcional siempre que me diesen algo más que unas reacciones de satisfacción o de desagrado, inmovilizándose ahí, si no sintiera esta ansiedad de saber más, si no me hubiese recargado de una experiencia que ya me parece limitada y poco menos que ilusoria, aunque muy bien sé que agotaré la renovada, la permanente belleza de algunos instintos.

Esas mujeres y hombres que han ido a la misa, rezan por fervor místico o porque deben rezar a fin de que Dios les perdone sus pecados y no los mande, después, al Infierno. ¿Cuál sería ese misticismo?

Las interrogaciones van llenando los ámbitos, amplificándose a un infinito universal.

El océano, el espacio sin límites y yo.

Estoy en el puente superior; abajo, en la cubierta de proa de los pasajeros de tercera, algunos se divierten acodados en la borda, y tal o cual poco menos que incrustados detrás de estimulantes pasajeras, mirando a

esos peces que corren en puntero junto a la roca, ágiles, como si fueran dichosos.

La ciencia afirma que todo es una transitoria forma de vibración, sucesora y antecedente a otras formas, pero eso no altera la efectiva realidad del trance o intermedio presente, fragmento de la eternidad y esencial como un eslabón de cadena: sin este hoy no será posible el mañana.

Estas frases, llenas de una tremenda responsabilidad, las ha pronunciado alguien; este alguien no es sino otro yo, todavía invisible, que se ha acercado desprovisto de todo cuanto a mí me viste, material y subjetivamente. Sigue diciéndome cosas inesperadas, invitándome a lo que me parece un viaje sin destino; entonces, con prudencia lo dejo ahí en el puente, solo y vuelvo a donde están las bellas pasajeras y los viajeros desconocidos.

Alta mar, enero de 1946.